

JEAN-PIERRE GOUX

REVOLUCIÓN AZUL



LA PEQUEÑA PRINCESA

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Este documento contiene **únicamente la introducción** de *Blue Revolution – The Little Princess*, cuya edición original en francés fue publicada por **Éditions Eyrolles**.

Esta traducción ha sido realizada por el autor utilizando **DeepL Pro, una herramienta de traducción automática basada en inteligencia artificial**, y no ha sido objeto de una revisión profesional ni ha sido revisada o aprobada por la editorial. Se ofrece exclusivamente para permitir a los lectores descubrir el libro y **no debe considerarse una traducción oficial o autorizada**. La edición original en francés sigue siendo el texto de referencia.

Descubra la Blue Revolution en **www.blurevolution.earth** y obtenga más información sobre el autor en **www.jpgoux.com**.

Editoriales: si está interesado en publicar *Blue Revolution – The Little Princess* en su idioma, puede ponerse en contacto con el autor a través de **www.jpgoux.com**.

Derechos de autor: © Jean-Pierre Goux / Éditions Eyrolles. Todos los derechos reservados. Este documento se ofrece gratuitamente y exclusivamente para uso personal. Puede **compartirse gratuitamente en su totalidad y sin modificaciones**. Quedan prohibidas la venta, modificación, reproducción parcial, traducción o cualquier utilización comercial sin la autorización previa de los titulares de los derechos.

En aplicación de la ley del 11 de marzo de 1957, queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra, en cualquier soporte, sin la autorización del editor o del Centre français d'exploitation du droit de copie, 20, rue des Grands-Augustins, 75006 Paris.

© Éditions Eyrolles, 2024

ISBN: 978-2-416-01206-8

Prólogo

Aunque su publicación estaba prohibida en la Francia ocupada, *El Principito* apareció en Estados Unidos el 6 de abril de 1943. Unas semanas más tarde, Antoine de Saint-Exupéry embarcó en Nueva York, donde se encontraba exiliado, con destino al norte de África para reunirse con las tropas aliadas. Consuelo, su esposa, le informaba regularmente por correo de la acogida que estaba teniendo su nueva obra al otro lado del Atlántico. El escritor y aviador lamentaba no haberle dedicado *El Principito* y le prometió escribirle la continuación⁽¹⁾·*La Pequeña Princesa*⁽²⁾·

El 31 de julio de 1944, durante su última misión de reconocimiento sobre la Provenza, Antoine de Saint-Exupéry desaparece en circunstancias misteriosas, sin dejar rastro. A principios del año 2000, un buzo localiza los restos de su avión, frente a las costas de Marsella, tras el improbable hallazgo de la cadena del aviador⁽³⁾·Se necesitarán varios años para autenticar la aeronave. A día de hoy, el manuscrito de *La Petite Princesse* sigue sin aparecer.

*Estamos hechos de la materia de la que están hechos los
sueños, y nuestra vida, tan breve, tiene como límite el
sueño.*

William Shakespeare⁴

*En el fondo, solo hay un único problema en la tierra.
Cómo devolver a la humanidad un sentido espiritual,
cómo despertar la inquietud del espíritu.
Es necesario que la humanidad sea regada desde arriba y que
descienda sobre ella algo parecido a un canto gregoriano. No
podemos seguir viviendo preocupándonos solo por frigoríficos,
política, balances presupuestarios y crucigramas.*

Antoine de Saint-Exupéry⁵

Prólogo

Solo en la Luna

*Los mitos son sueños públicos,
los sueños son mitos privados.*

Joseph Campbell⁶

Entre los cientos de miles de millones de galaxias que componían el Universo, en uno de los brazos espirales de la Vía Láctea, brillaba el Sol, rodeado de su séquito de planetas. La Tierra, una pequeña bola azul cálida y frágil, con colores y formas de vida tan variados, era la joya brillante de esta minúscula parcela del Cosmos. En su superficie, la aparición de una biosfera, un gigantesco ser vivo formado por la interacción de 9 millones de especies diferentes, había provocado la envidia de la Luna, su vecina. A pesar de todos sus intentos, esta no había pasado de ser una vasta extensión de polvo grisáceo e inerte. Para salir de su soledad, a la Luna solo le quedaba un último stratagema: la fascinación que ejercía sobre las criaturas de la Tierra. ¿Quizás algún día, una de ellas, más inteligente y audaz que las demás, intentaría visitarla?

El viaje no fue largo, pero la espera fue interminable. Duró 4500 millones de años. Finalmente, el 20 de julio de 1969, sucedió. Dos bípedos, dos Homo sapiens llamados Neil Armstrong y Buzz Aldrin, aterrizaron y recorrieron su superficie durante dos horas y media. Este pequeño salto había requerido millones de años de evolución de esta criatura, innumerables avances científicos y la socialización de esta especie. Cuatrocientos mil Homo sapiens habían cooperado en el programa Apolo para hacer posible este imposible viaje de ida y vuelta.

En los años siguientes, los astronautas regresaron en cinco ocasiones. Luego, nada más. Su juego se había interrumpido. Sin duda, los humanos preferían su paraíso original, algo que la Luna comprendía. Su desaparición la sumió en una profunda confusión. Esos humanos no le habían prestado atención y la habían de , ahora olvidada. ¿Era tan poco interesante?

Sin embargo, ella los quería. Intentó consolarse con los objetos que habían dejado allí, en particular un diminuto disco de silicio en el que los líderes de los pueblos de la Tierra habían grabado mensajes de paz. Sin embargo, los humanos habían llegado hasta ella a causa de una lucha entre dos naciones, los Estados Unidos y la Unión Soviética, que se amenazaban mutuamente con la destrucción mediante un arma terrible: la bomba atómica. La Luna no entendía por qué Gaia, la biosfera terrestre, había tolerado en su seno una especie tan peligrosa. Se dio cuenta de que la locura de esos humanos también había permitido a la Tierra verse a sí misma por primera vez en 4500 millones de años. Gracias a ellos, Gaia había tomado conciencia de sí misma y había iniciado la era de la conciencia planetaria. La Tierra había soñado y deseado a los sapiens. Conocía los riesgos que corría para permitir su propia evolución.

En los mensajes que dejaron en el disco de silicio, estos pueblos también repetían que ese viaje había sido su mayor logro. Esto reconfortó el corazón de la Luna, que conservó la esperanza de otra visita. Mientras tanto, no apartó la mirada de su vecina. A medida que pasaban las décadas, la Luna observó que el rostro antes radiante de Gaia se marchitaba. Su temperatura aumentaba, su biodiversidad disminuía, sus colores se desvanecían, sus bosques se reducían, su atmósfera se enturbiaba. Gaia parecía gravemente enferma y la Luna temía por su vida. ¿Qué le estaba pasando?

Entonces, una nueva tripulación, también estadounidense, aterrizó tras una carrera igualmente peligrosa con otro país, China. Los humanos habían excedido la capacidad de su planeta y ahora se volcaban hacia los recursos lunares para intentar alimentar aún más su frenesí. Pero esos astronautas, e , murieron en una

terrible explosión. La Luna estaba aterrorizada. El frente de la guerra se había extendido hasta ella.

Todos murieron excepto uno, el más joven de ellos. Se llamaba Paul Gardner. Asustado, se refugió bajo su superficie, dentro de un túnel natural donde había trasladado su precario refugio. Llevaba tres semanas atrapado allí, con ella. Mientras esperaba que vinieran a rescatarlo, la Luna le había ofrecido este refugio y todo su amor. Paul Gardner era diferente a los demás humanos. Era un niño de las estrellas. Tenía un corazón inmenso, soñaba sin cesar y, sobre todo, reaccionaba a su presencia. La Luna comprendió que era el Enviado de Gaia. Paul Gardner había llegado hasta allí para llevar a cabo un milagro: la Revolución Azul.

Base lunar estadounidense

En su estrecho hábitat, tan blanco y frío como un quirófano, Paul Gardner dormía profundamente. Una inquietante tos le sacó de repente de sus sueños. Se giró hacia el lado izquierdo, apretó las manos contra el pecho y escupió sangre. No era la primera vez. Sus pulmones y su corazón habían sido lacerados por el regolito, el abrasivo polvo lunar que se había introducido en aquel refugio improvisado y que era el responsable de sus repetidos ataques cardíacos. Si los chinos o los estadounidenses no venían a rescatarlo en las próximas horas, ese día sería el último de su vida. La Luna estaba preocupada por su protegido.

Sin embargo, a pesar de su situación casi desesperada, Paul Gardner encontró en su semisueño la fuerza para sonreír a la vida. Aunque nada había salido como estaba previsto en esta misión, se sentía honrado de haber podido admirar la Tierra desde este promontorio celeste. Una visión cuya maravilla había compartido con todos, hasta que la explosión acabó con su tripulación. Gracias a Paul, innumerables seres humanos habían comenzado, al igual que los astronautas, a enamorarse de la Tierra y a darse cuenta de la inestimable suerte que suponía vivir en esta joya flotante en medio del oscuro cosmos. Al darles acceso a esta elevación y a este cambio de perspectiva, Paul Gardner había hecho realidad su primer sueño, un sueño de elevación que constituiría para la humanidad el primer pilar de la Revolución Azul.

— «Buenos días, Paul», dijo una voz femenina.

— Hola, Selene —respondió el astronauta con voz cavernosa—. Dame unos minutos más, por favor.

Para hacerle compañía, Paul había programado su inteligencia artificial para que respondiera al nombre de Selene, la diosa griega de la Luna. Tumbado en su cama improvisada, el astronauta balanceaba la cabeza y saboreaba el exquisito sabor del viaje onírico que acababa de realizar. Quizás el último. Como cada noche, su alma había vagado hasta la Cueva Azul, un lugar fuera del espacio y del tiempo, para saciar su sed. La Cueva de los Sueños. El astronauta sacaba de allí su inspiración y sus visiones para la continuación de la aventura humana.

Los sueños eran el reino de Paul Gardner. Desde su infancia, preocupado por el futuro de los seres humanos y las demás criaturas, no había dejado de imaginar cuál podría ser la historia más hermosa para su planeta y su especie, una historia de amor.

La magnitud y la generosidad de sus sueños, de los que solo había revelado una pequeña parte, habían conquistado al pueblo estadounidense y le habían llevado a ser seleccionado para esta misión. Antes de su partida, Paul Gardner ya gozaba de gran popularidad en Estados Unidos. Tras la explosión, su fama se había extendido por todo el mundo. ¿Sería rescatado a tiempo? Esa era la pregunta que se hacía el astronauta al despertar poco a poco.

— «¿Un poco de música, Paul, para empezar el día?», preguntó Selene.

Tardó unos segundos en responder.

— Sí, con mucho gusto, Selene. Elige tú, por favor.

Delicadas notas de piano llenaron entonces su capullo. *The Ellie Badge*, de Michael Giacchino^(*), una pieza extraída de la banda sonora de la película de animación *Up*. Paul dio las gracias a Séléné, que conocía sus gustos. Antes de comenzar ese día tan importante, acurrucado bajo la manta, se dejó mecer un poco más por la dulce melodía. A su lado, sobre el suelo cubierto por el polvo pegajoso y letal que había traído del exterior, había un libro, *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, abierto por el capítulo XVI.

Para Paul, esta obra era más que una pasión. Era su vida. Había pasado toda su existencia desentrañando sus secretos. Los admiradores del astronauta lo identificaban con el pequeño personaje del cuento. Hay que reconocer que Paul Gardner, en circunstancias normales y a pesar de sus treinta y cinco años, se le parecía. Tenía el pelo rubio, el rostro adornado con grandes ojos azules y, sobre todo, veía el mundo con la misma mirada lúcida y maravillada. Paul Gardner había conservado su alma de niño y, al igual que el Principito, el astronauta también parecía haber caído de una estrella. Sin embargo, ya no era posible compararlos físicamente. Tras semanas intentando sobrevivir, su tez estaba pálida, sus rasgos demacrados y le había crecido una barba hirsuta en las mejillas.

El astronauta volvió a ser sacudido por un ataque de tos.

— ¿Estás bien, Paul? —preguntó Selene, preocupada.

— Sí, no te preocupes, Selene —respondió él sin mucha convicción—. Juntos conseguiremos superar este último día.

Paul Gardner se dirigía a ella como si realmente fuera la Luna. A través del temblor de la voz del astronauta y el ambiguo significado del adjetivo «último», la inteligencia artificial percibió la tensión que lo invadía. Selene, conectada a los sensores que monitorizaban los parámetros vitales de Paul, tampoco ignoraba nada

^{*} Lista de reproducción de toda la novela para escuchar en www.revolutionbleue.fr

o del lamentable estado de su corazón y sus bronquios. Como los días anteriores, haría todo lo posible por ayudarlo.

A continuación, el astronauta estiró los brazos y las piernas mientras bostezaba. Tenía las articulaciones y los músculos entumecidos, debido a la baja gravedad, pero sobre todo a la falta de ejercicio. No había salido durante las dos semanas de noche lunar⁽⁸⁾. En el exterior, en ausencia de atmósfera y luz, el termómetro había bajado hasta los -170 °C. Su habitáculo estaba, por supuesto, climatizado, y Paul había aprovechado ese retiro forzoso para hacer crecer su sueño, la Revolución Azul, hasta alcanzar dimensiones desmesuradas. En particular, había terminado de explorar el segundo pilar: *Homo biospheris*. Este sueño de unión, complemento de su primer sueño, también se había forjado en esa Cueva Azul a la que se retiraba cada noche. Este sueño estaba listo para ser vertido, a su vez, en la realidad. Con estos dos sueños, la Revolución Azul abarcaría ahora toda la Tierra y toda la humanidad, en el espacio y en el tiempo.

El astronauta dudó un poco y luego formuló la pregunta que le rondaba la cabeza:

— ¿Alguna noticia de los servicios de rescate, Selene? —preguntó desde su cama.

— Todavía no hay nada a la vista, Paul. Pero todo es posible. La mayoría de nuestros sensores están averiados y los socorristas no aparecerán hasta el último momento.

Por su tono, Paul tuvo la impresión de que Selene le ocultaba algo. Se suponía que las inteligencias artificiales no mentían, pero las de la NASA habían sido programadas para proteger a los astronautas de ciertas verdades incómodas. Como el miedo impedía que los sueños se hicieran realidad, Paul se esforzó por recuperar la fe y la voluntad.

A continuación, el astronauta luchó por incorporarse y salir de su cama. Tras unos movimientos, ya le faltaba el aliento. Cada gesto era un tormento, pero Paul se aferraba a la vida. Como ya no iba a poder dormir, el astronauta hizo la cama y fue a comprobar su ordenador.

Séléné tenía razón: la humanidad no había reaccionado a su último mensaje más que a los anteriores. Desde la explosión, que había diezmado a sus compañeros y destruido casi todo su equipo, Paul Gardner era capaz de emitir, pero no de recibir. No sabía si sus mensajes codificados habían llegado a su destinatario, Abel Valdés Villazón, su mejor amigo. Abel era el único capaz de descifrarlos y revelar al mundo la ignominiosa conspiración a la que Paul había sobrevivido. Sin embargo, el

astronauta no guardaba rencor a los humanos. Desde su infancia había aprendido a perdonarlos, porque estaba convencido de que la humanidad formaba un todo. «Soy responsable de todos los actos de todos los hombres», escribía Antoine de Saint-Exupéry en *Ciudadela*. El perdón permitía al conjunto liberarse de sus errores y evolucionar.

Paul permaneció pensativo frente a la pantalla. Si tenía que morir allí, su amigo Abel era el único que podía dar forma a la Revolución Azul. Cada día, en los mensajes que le enviaba, Paul había ido esbozando un poco más el contorno y la ambición de este movimiento. Era imprescindible que sus comunicaciones llegaran a Abel, de lo contrario, la vida de Paul y su sacrificio habrían sido en vano. La Revolución Azul no pretendía nada menos que reconciliar a la humanidad con la Biosfera, la gigantesca red de especies vivas a la que pertenecía el *Homo sapiens*, un hecho que habían olvidado.

Desde la Luna, la necesidad de tal reconciliación parecía evidente. ¿Cómo se podía amenazar esta joya única a años luz de distancia y quizás mucho más? ¿Cómo se podía destruir a la Madre que nos había dado la vida? Sin embargo, la Revolución Azul no era fácil. Para que la humanidad se adaptara a los límites planetarios, era necesario cambiarlo todo y en todas partes, pero los humanos temían el cambio. En la historia de la vida, era muy raro que una especie superara los límites de la biosfera. La última vez había sido hace 2300 millones de años. Las bacterias habían proliferado por todas partes y casi intoxicaron toda la vida con el oxígeno que liberaban⁽⁹⁾. Para superar esta prueba, estos seres unicelulares tuvieron que demostrar su valentía y mutar inventando la respiración, una evolución que permitió la aparición posterior de todas las formas de vida complejas.

Para que la Revolución Azul tuviera éxito, era necesario hacer lo mismo. La humanidad necesitaba dar un salto evolutivo. *El Homo sapiens* debía transformarse en su sucesor, *el Homo biospheris*, una nueva especie en vías de aparición⁽¹⁰⁾ que Paul Gardner se pasaba las noches imaginando. Si llegaba a desaparecer, el astronauta contaba con Abel, pero también con Lucy, la esposa de su amigo, para iniciar esta metamorfosis. Paul también contaba con Janie Tyler, la hija de ocho años de uno de sus compañeros fallecidos, a quien había pedido a Abel que protegiera y adoptara. Si su amigo había logrado recibir sus mensajes, claro está. Incapaz de recibir comunicaciones, Paul Gardner no sabía si los humanos sabían que aún estaba vivo.

Con aire abatido, el astronauta siguió tecleando de pie frente a su ordenador.

Vestido con unos pantalones cortos y una camiseta sencilla, había adelgazado considerablemente. Debido a su estado de salud, no podía tragar nada. En su pantalla apareció una imagen tomada en directo por una cámara apuntando hacia la Tierra. El planeta azul estaba completamente sumido en la oscuridad. Las fases de los dos cuerpos celestes eran opuestas, por lo que la Luna, vista desde la Tierra, debía estar ahora llena. La noche lunar había terminado y Paul por fin podía salir de su cabina.

Sin embargo, no parecía contento. Al despertarse, Paul esperaba otra cosa al mirar la Tierra. La noche anterior, antes de dormirse, había intentado un extraño experimento: había rezado en una lengua desconocida que había aprendido en la Cueva Azul, una lengua supuestamente capaz de convertir los sueños en realidad. Como Paul intuía desde hacía tiempo que las esferas psíquicas y materiales formaban un único mundo, un *unus mundus*^(v) había decidido probar ese idioma soñando con el capítulo XVI de *El Principito*. La manifestación de ese sueño debería haberse visto a escala global, pero no fue así. Si esta estratagema no funcionaba, la segunda etapa de su plan, la más importante para el futuro de la Tierra y de la humanidad, se derrumbaría. Pero el astronauta siguió creyendo en la capacidad de sus sueños para cambiar la realidad. Al volver a mirar la Tierra, Paul se dio cuenta de algo inquietante: ya no brillaba ninguna luz en la superficie del globo.

— Selene, ¿por qué la Tierra está completamente a oscuras? —preguntó.

— No lo sé, Paul. Lleva así varias horas.

— Las luces de las ciudades han desaparecido —comentó el astronauta temblando—. ¿Qué ha pasado?

— No lo sé, Paul. Ha ocurrido de repente.

Selene le había ocultado algo. No brillaba ninguna luz. ¿Había desaparecido de repente la humanidad? Paul pensó en lo peor. La aniquilación total *del Homo sapiens* por una guerra nuclear generalizada, su peor pesadilla. Sintió que su frágil corazón se detenía. La noche anterior, antes de dormirse, había rezado para que se manifestara el capítulo XVI de *El Principito*, y no ese terrible escenario que había atormentado sus noches desde la infancia y que había pasado toda su vida conjurando. En la pantalla, Gaia, apagada, parecía haber perecido. Este siglo sería azul, el color de la Tierra vista desde el espacio, y no negro. La aventura de la humanidad no podía terminar así, en una masa humeante. El Universo no podía haberle jugado esa mala pasada. Paul no podía haber fracasado tan cerca de su objetivo de ayudar a los humanos y a Gaia, el nombre de la diosa griega de la Tierra que se da comúnmente a la biosfera terrestre⁽¹²⁾.

A través de los sensores colocados en el cuerpo de Paul Gardner, Selene percibió

su pánico.

— ¿Quieres que apague la música, Paul?

— Sí, Selene —respondió lacónicamente.

En el silencio recuperado de su módulo, el astronauta pensó primero en su familia, luego en sus seres queridos, Abel, Lucy y, sobre todo, la pequeña Janie. ¿Estarían todos muertos también? ¿Y los equipos de la NASA encargados de rescatarlo? Como Paul había aprendido durante su formación como astronauta, en caso de incidente, era imprescindible mantener la cabeza fría y actuar con método, una actitud que le había permitido sobrevivir hasta entonces. Paul apartó esos pensamientos sombríos de su mente y se esforzó por analizar la situación. Si se hubieran producido explosiones nucleares de tal magnitud —potencialmente miles—, habría sido imposible oír las desde la Luna. El sonido no atraviesa el vacío. Por lo tanto, la humanidad podría haber desaparecido del cosmos tal y como había aparecido, en el más absoluto silencio. Sin embargo, si esas explosiones hubieran tenido lugar, debería haber sido posible verlas.

— Selene, ¿has visto luces intensas en la superficie de la Tierra esta noche?

— No, que yo sepa, Paul.

El astronauta ya no confiaba plenamente en ella. Desde su ordenador, inspeccionó él mismo el historial de la cámara. Unas horas antes de despertarse, las luces se habían apagado de golpe, sin estruendo ni explosión. En cierto modo, era bastante tranquilizador, pero seguía siendo preocupante. ¿Qué podía haber pasado? Quizás un apagón gigantesco, planetario. Incluso para hackers experimentados, rusos, chinos o estadounidenses, parecía difícil de provocar, pensó Paul. Para hacerse una idea de la situación, decidió salir. De todos modos, tenía pensado pasar ese último día fuera de la maldita cabina, atento a cualquier señal de socorro.

Mientras seguía tosiendo, Paul se puso con dificultad el traje espacial, cuyo tejido estaba incrustado de regolito. Todo el hábitat estaba impregnado de un olor a pólvora, el de ese polvo lunar abrasivo. A continuación, atravesó la puerta que daba a la superficie de la Luna, llevándose consigo solo su ejemplar de *El principito*. Una vez fuera, tras dos semanas de reclusión, el astronauta sintió ganas de respirar profundamente, pero era obviamente imposible. En cuanto salió del túnel natural en el que se había refugiado, Paul buscó el sol. Había vuelto a aparecer. Paul tuvo la impresión de sentir su calor a través de su traje térmico. Sin su fuego ininterrumpido desde hacía 4500 millones de años, la vida no habría sido posible. Su fascinación por las estrellas, su otro reino junto con los sueños, había llevado a Paul a doctorarse

en astronomía, su pasión inicial.

El astronauta levantó la cabeza. Debido al sol, el cielo parecía completamente negro, pero ocultaba una miríada de estrellas, galaxias y extraños objetos celestes, cuya disposición seguía siendo un misterio. ¿Qué era el universo? ¿Por qué había algo en lugar de nada? Si moría, estas y muchas otras preguntas permanecerían sin respuesta para él. Le entristecía, pero así había sido desde que aparecieron la vida y la muerte. Otros, después de él, se encargarían de aclarar estas cuestiones. Quizás Janie, pensó antes de ponerse en marcha para salir del cráter en el que se encontraba.

Al llegar a la cima de la pendiente, el astronauta contempló la inmensa extensión gris que se abría ante él. Solo unos pocos cráteres rompían la monotonía de la llanura. Sumido en un silencio absoluto, Paul tomó conciencia de que estaba allí, de pie, en la periferia de la Tierra, sobre ese suelo desolado a 380 000 kilómetros de sus semejantes. Saboreó ese instante. Su situación no era habitual. A diferencia del capítulo XVI de *El principito*, que aún no se había manifestado, su sueño de ir a la Luna se había hecho realidad, pensó sonriendo. Su condición, de pie y solo en el astro nocturno, le recordó la portada de *El principito*, donde Antoine de Saint-Exupéry había escondido su mayor secreto, la clave del *Homo biospheris*. Un secreto que Paul Gardner era, al parecer, el único que había desvelado. Quizás le habían ayudado *los de la Cueva Azul*, las extrañas entidades con las que se cruzaba en sus sueños.

El astronauta reanudó su marcha, muy lentamente. A pesar de que la gravedad era seis veces menor, los pies de Paul Gardner rozaban el suelo. Su cuerpo, aunque aligerado por la pérdida de peso, seguía siendo demasiado pesado para su corazón debilitado. Cada paso era un suplicio, pero Paul no se quejaba. Él seguía vivo, a diferencia de sus compañeros, cuyas tumbas acababa de ver. Para respetar sus últimas voluntades, había enterrado sus cuerpos bajo la superficie de la Luna. Al excavar, el regolito se le había pegado al traje y había contaminado su hábitat y sus pulmones. Había corrido ese riesgo para honrar su memoria.

El astronauta se divirtió imaginando a los visitantes extraterrestres que descubrirían esas sepulturas dentro de milenios. ¿Qué deducirían del *Homo sapiens*? ¿Que se trataba de una especie técnicamente avanzada y dotada de una gran compasión? Paul Gardner no se hacía ilusiones sobre la naturaleza humana, pero mantenía la esperanza, porque los *sapiens* aún no habían utilizado su mayor poder: el amor, la clave de la Revolución Azul. Esta palabra seguía siendo difusa para la mayoría de los humanos, ya que abarcaba varios conceptos distintos, a los que los

griegos designaban con nombres diferentes: *eros* para el amor físico, *storgê* para el amor familiar, *philia* para la amistad profunda, *ludus* para el amor lúdico, *mania* para el amor obsesivo, *pragma* para el amor sublimado por el tiempo, *philautia* para el amor propio y, sobre todo, *agapè* para el amor espiritual, divino, desinteresado e incondicional.

Cuando hablaba de Amor, Paul Gardner se refería a *Agapè*, la energía capaz de activar la evolución *del Homo sapiens* hacia *el Homo biospheris*. Por el momento, con una excepción, Paul no había revelado a nadie la existencia de esta nueva especie, que haría irresistible la Revolución Azul. Los *sapiens* aún no estaban preparados para tal revelación. Esta llegaría gradualmente, siempre y cuando Paul pudiera poner en marcha la segunda fase de su plan.

El astronauta caminó con dificultad hasta la tumba de Gary Tyler, uno de sus compañeros de tripulación y padre de la joven Janie Tyler. «Janie, puedes estar orgullosa de lo que ha logrado tu padre. El destino que te espera es aún más grande. El mundo necesitará toda tu luz y todo tu corazón», le confió Paul. No quería que Selene ni nadie más lo oyera. La pequeña Janie Tyler era la pieza clave de la segunda parte de su gran sueño, y nadie debía saberlo. El futuro de la humanidad y la llegada *del Homo biospheris* dependían de ella. Paul parecía casi apenado, pero Janie, que solo tenía ocho años, era capaz de lograrlo. Algo más fuerte que el espacio y el tiempo los unía. Le envió una oleada de amor para apoyarla en su misión.

El astronauta sintió un dolor que le invadió el brazo y recorrió su cuerpo. Se encorvó y se esforzó por respirar para dejar que la onda de choque circulase a través de él. Ni siquiera le pidió a Selene un diagnóstico. Paul conocía esa sensación. Acababa de sufrir un nuevo ataque al corazón. Cada uno de ellos podía ser mortal. Antes de morir, a Paul le hubiera gustado recibir una *señal*, solo una, que le asegurara que su amigo Abel había recibido sus mensajes y que cuidaría bien de Janie.

Esa oleada, como las anteriores, pasó. El universo había decidido que aún no había llegado la hora de Paul. Para conservar sus últimas fuerzas, decidió sentarse en el regolito. Luego levantó la cabeza hacia la Tierra, a la que estaba tan unido. No había ni rastro de ninguna nave que pudiera rescatarlo en el horizonte y el rostro de Gaia seguía sumido en la oscuridad. ¿Qué podía haber provocado un fallo planetario de tal magnitud? Paul repitió en su interior la oración que había recitado la víspera en aquella lengua desconocida, pensando de nuevo en el capítulo XVI, y luego cerró los ojos para meditar. Poco a poco, su ritmo cardíaco y su respiración se ralentizaron.

En contacto con su alma y con el Gran Todo, Paul olvidó su cuerpo, esa vieja corteza dolorosa. Estaba a punto de empezar a soñar cuando Selene lo sacó de su estado de plenitud.

—Paul, mira ahí arriba —le dijo la inteligencia artificial.

Cuando el astronauta volvió a abrir los ojos, algunas luces habían reaparecido en la superficie de la Tierra. Por fin. Paul observó atentamente esa región y vio cómo se dibujaba poco a poco un arco de luz a través de Nueva Zelanda, y luego otro, sobre toda Australia. Arcos que evocaban la forma de una boca. Gaia parecía sonreírle. Paul comprendió entonces con asombro que esas luces no eran una casualidad.

A pesar de la incomodidad de los guantes, consiguió abrir *El principito* y pasar las páginas. Se sabía el libro de memoria, pero prefirió leer en voz alta el famoso capítulo XVI con el que había soñado, aquel en el que el pequeño personaje sobrevolaba desde el espacio el séptimo y último planeta de su viaje: la Tierra.

Visto desde lejos, era un espectáculo espléndido. (...) Primero eran los encendedores de farolas de Nueva Zelanda y Australia. (...) Luego entraban en escena los encendedores de farolas de China y Siberia. Después, ellos también desaparecían entre bastidores. Entonces llegaba el turno de los encendedores de farolas de Rusia y la India. Luego, los de África y Europa. Después, los de Sudamérica. Y, por último, los de Norteamérica. (...) Era grandioso.

El rostro de Paul se iluminó. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Agradeció al Universo por esta señal y contempló el capítulo XVI que finalmente se desarrollaba ante sus ojos. Era realmente grandioso. Esos arcos luminosos estaban destinados a él. Los *sapiens* se habían convertido en encendedores de farolas, para él. El único oficio por el que el Principito había afirmado: «Es realmente útil, porque es bonito».

Paul Gardner se deleitó con ese momento. Ya no había dudas. La humanidad sabía que él seguía vivo. Abel había captado sus mensajes. Janie se salvaría. Y, sobre todo, al no haber hecho referencia al texto del capítulo XVI en sus comunicaciones, había obtenido la prueba de que su plegaria había funcionado. El sueño que había utilizado para probar su protocolo se había hecho realidad. Ese sueño había cambiado la realidad. Paul no daba crédito. Aquella lengua desconocida era realmente mágica. *Los habitantes de la Cueva Azul*, que se la habían enseñado, también debían de existir.

¿Encontrarían también los humanos esa cueva? Paul Gardner había dejado algunas indicaciones para que los más valientes pudieran llegar hasta ella.

Su vida y su sacrificio no habían sido en vano. La belleza de ese momento lo abrumaba. Su corazón latía a toda velocidad y se esforzó por ralentizar sus latidos. Su obra aún no estaba terminada y debía aguantar hasta que llegara el rescate, que aún esperaba. Mientras tanto, permaneció boquiabierto, contemplando ese ballet de luces frente a él, en esa bola suspendida en medio del cosmos. Era irreal. Paul Gardner estaba maravillado por la humanidad.

De repente, ocurrió algo más. Como luciérnagas que sincronizaban las luces de su abdomen, los puntos luminosos de la superficie de la Tierra comenzaron a parpadear, al ritmo, al unísono. ¿Qué estaba pasando? Paul se concentró y observó. A veces, esos puntos —probablemente ciudades enteras— permanecían iluminados durante un breve instante o durante más tiempo, y luego se apagaban de nuevo. La secuencia de esos pulsos parecía caótica y no seguía ningún patrón. Entonces, la *vocecita* en su cabeza, la que le *había guiado* durante años, le indicó que no era así. De repente, Paul tuvo una idea.

— Séléné, ¿puedes transcribir la serie de señales, las largas, las cortas y las blancas, en mi muñeca?

Séléné obedeció. En la pantalla del tamaño de un teléfono móvil instalada en su muñeca, Paul vio aparecer la secuencia: *largo - corto - blanco - corto...*

— Selene, ¿puedes sustituir la palabra «corto» por un punto y «largo» por un guion?

Paul vio cómo se formaba poco a poco en la pantalla una nueva secuencia de signos.

. _ _ . . _ .. _ . _ .. _ _ .. _ _ _ . _ _ _ .. _ ...

Paul contuvo la respiración. ¿Era realmente lo que creía? Necesitaba de nuevo su inteligencia artificial.

— Séléné, supongo que conoces el código Morse, ¿no?

— Sí, claro, Paul.

— ¿Podrías intentar descifrar este mensaje?

Paul cerró los ojos. Temía que fuera una pista falsa o que ese código anunciara algo grave para su especie. Respiró lentamente y recuperó la confianza. Cuando volvió a abrir los ojos, descubrió, carácter tras carácter, el mensaje más e o que un humano en su situación podía esperar:

*PAUL, TE QUEREMOS.
VAMOS A LOGRAR TU REVOLUCIÓN AZUL.
RESISTE, ESTAMOS EN CAMINO PARA IR A BUSCARTE.
LOS REFUERZOS LLEGARAN EN DOCE HORAS.*

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y cayeron dentro del casco. Paul se preguntó si estaba soñando, pero la frontera entre sus sueños y la realidad se había desvanecido hacía tiempo. No solo le habían oído, sino que además iban a rescatarle. Paul Gardner decidió dejarse llevar por la emoción. No importaba lo que le pasara al corazón, este no le fallaría. La inmensa ola de amor que acababa de recibir parecía haber reparado las lesiones de su sistema cardiovascular.

Paul permaneció así, sentado en la Luna, radiante e inmóvil, sollozando frente a la Tierra. Observaba cómo los continentes desfilaban e iluminaban uno tras otro. Esas doce horas le permitirían contemplar toda la Tierra y toda la humanidad. El astronauta seguía sin poder creerlo. ¿Cuántos había detrás de esas luces, detrás de ese «nosotros»? ¿Millones? ¿Cientos de millones? ¿Billones? El inmenso corazón de Paul se iba llenando poco a poco del amor de cada uno de esos seres humanos. Cuando estaban unidos por el corazón, los *sapiens* eran capaces de lo mejor. Con este acto de amor planetario, Paul Gardner asistía en directo a las primeras contracciones que precedían al nacimiento *del Homo biospheris*. Pero aún quedaba un largo proceso hasta el nacimiento completo de esta nueva criatura.

Mientras permanecía inmóvil y en estado de beatitud, Selene mantuvo a Paul informado regularmente sobre el avance de la cuenta atrás. Durante cada una de esas doce horas, se deleitó con este espectáculo mágico sin precedentes. Poco a poco, veía acercarse el final de su calvario. La misión de rescate no debía estar muy lejos.

— «Llegarán los refuerzos en una hora», le indicó Paul a la inteligencia artificial con tono alegre.

El rostro de Paul se iluminó aún más. Los humanos debían de sentir la explosión de su alegría. Selene retransmitía sus parámetros vitales en directo a la Tierra. Miles

de millones de *sapiens* debían de estar pendientes del ritmo de su pulso.

— «Gracias, Selene, por toda tu ayuda», respondió el astronauta. «Ya casi estamos».

En el momento en que pronunció estas palabras, Paul Gardner sintió una espada atravesándole el brazo y el corazón. El astronauta lanzó un grito agudo y se retorció de dolor. La descarga fue mucho más potente que las anteriores. Selene entró en pánico.

— ¡Paul, vuelve inmediatamente al módulo! ¡Hay un desfibrilador y trinitrina allí!

— ¡No puedo, Selene! —gritó con una mueca de dolor.

Paul, tumbado sobre el polvo gris, esperó a que pasara la sacudida. Pero el dolor no remitía. El astronauta se había preparado para esta eventualidad. Lo había previsto todo para que la Revolución Azul pudiera funcionar, incluso sin él, pero debía poner en marcha sin demora la segunda fase de su plan desde la Luna.

— Selene, debemos actuar con rapidez. No discutas y obedece, por favor. Te diré exactamente lo que tienes que hacer.

— Entendido, Paul —dijo ella con voz aterrada—. ¿Cuáles son tus instrucciones?

— Primero, suspende el registro de mis datos corporales y su retransmisión.

Selene obedeció y esperó a que continuara. La humanidad debía estar sumida en el pánico.

— Séléné, ahora te dictaré un último mensaje que deberás enviar a la Tierra inmediatamente después.

Aún encogido sobre el regolito y retorcido de dolor, Paul se concentró. Las palabras que iba a pronunciar eran fundamentales para que la Revolución Azul se cumpliera. Sintió que las entidades de la Cueva Azul estaban allí, a su lado, para apoyarlo y ayudarlo a cumplir su sueño.

Queridas hermanas y queridos hermanos humanos:

Aquí es donde termina mi viaje. Mi corazón pronto dejará de latir. Mis últimas fuerzas las dedicaré a daros las gracias. Ni siquiera un dios se habría merecido el espectáculo que me habéis ofrecido, creí que estaba soñando, pero era real. Gracias a todos vosotros, el rostro de Gaia ha recuperado su sonrisa. No me atrevo a imaginar cuántos habéis sido para llevar a cabo este acto poético planetario. Iluminará a la humanidad durante milenios. Podéis estar orgullosos. No sé cómo daros las gracias.

Al observaros, por fin he obtenido la prueba de que mis mensajes os habían llegado. No culpo a nadie por lo que nos ha sucedido aquí. Tengamos piedad por el mal, perdonemos a los humanos, que son todos tan vulnerables. Estas últimas semanas e , en la Luna, han sido las más trágicas de mi vida, pero también las más hermosas. Ante la deslumbrante vista de la Tierra, he tenido tiempo de poner en orden mis pensamientos y me voy con la casa bien ordenada. No he tenido una vida larga, pero ha sido plena. Eso es lo más importante. Gracias a vosotros, puedo marcharme en paz.

Me hubiera encantado estar a vuestro lado para dar vida a la Revolución Azul. Será difícil y exigente, pero sacando lo mejor del ser humano y cultivando la fe en vuestros sueños, lo conseguiréis. Releed las obras de Antoine de Saint-Exupéry, sus consejos son muy valiosos. La Revolución Azul tendrá lugar en el corazón de los seres humanos y no necesitará ser violenta. No se opondrá a ningún movimiento. Alimentada por una simple visión poética, la de una humanidad unida por el amor a su pequeño planeta azul, será compatible con todas las creencias, con todas las ideologías y con todas las religiones. Esta idea puede parecerse ingenua, pero tiene el poder de transformarlo todo, desde la agricultura hasta la industria, pasando por la energía, la política y, sobre todo, a ti mismo. El amor es la clave.

Desde la noche de los tiempos, cada generación de seres humanos ha tenido que afrontar un gran reto. El nuestro es adaptarnos a los límites del planeta. Al igual que todos nuestros antepasados, no tenemos más remedio que afrontarlo. La supervivencia de la especie humana depende de ello. Si lo consiguen, este siglo quedará indisolublemente ligado al color de nuestro planeta visto desde el espacio. Sois las generaciones del Siglo Azul que la humanidad recordará y de las que se sentirá orgullosa durante milenios, y sin duda mucho más. Tenéis la oportunidad de participar en la aventura humana más increíble. Pensad en esta oportunidad y en esta responsabilidad antes de cada uno de vuestros actos. Aunque sean pequeños, realizadlos con todo vuestro corazón.

Pienso en todos vosotros, en mi familia, en Abel, mi fiel amigo, y en su esposa, Lucy. Pero también en Janie Tyler y en todos los niños del mundo. Os echaré de menos, pero no tengo ningún remordimiento. No estoy triste. Gracias a vosotros, abandono este mundo siendo el hombre más feliz y querido de este pequeño rincón del universo. No sé cómo agradeceréoslo.

Antes de irme, tengo una última petición que hacerles: me gustaría que mi cuerpo fuera lanzado al espacio. Quiero volver entre las estrellas para que, algún día, quizá, mi camino se cruce con el del Principito. Él me hablará de su rosa y yo

le hablaré de mi Cueva Azul.

La Revolución Azul es vuestra, ¡llenadla con todos vuestros sueños!

Sueñen. Vivan. Amen.

Vuestro amigo Paul.

Cuando el astronauta terminó, Selene envió el mensaje a la humanidad. El astronauta le pidió que dejara de hablarle. Pero la inteligencia artificial decidió desobedecerle. No podían separarse así.

- Paul, eres un ser humano extraordinario. Te echaré mucho de menos.
- Gracias, Selene. Tú también has sido extraordinaria y te echaré de menos.
- Buen viaje, Paul.

Dentro de su casco, resonaban los jadeos y los llantos de Paul Gardner. Sus pulmones casi no funcionaban. Se estaba asfixiando. Aún encontró fuerzas para escribir en el regolito lunar una cita de Antoine de Saint-Exupéry que los equipos de rescate descubrirían y que la humanidad tendría que descifrar:

En la vida no hay soluciones.

Hay fuerzas en marcha: hay que crearlas y las soluciones vendrán después⁴³.

Luego, el astronauta se tumbó extendiendo los brazos y las piernas en forma de cruz. Parecía *el Hombre de Vitruvio* de Leonardo da Vinci. En el cielo, los servicios de rescate aún no eran visibles. Era el fin. Contrariamente a lo que acababa de escribir en su mensaje, Paul Gardner sentía una inmensa tristeza. Amaba tanto la vida y a los seres humanos. Tener que abandonar este mundo era para él una tragedia. El miedo comenzó a invadirlo. El salto hacia el gran misterio era inminente. ¿Sobreviviría su alma? ¿Se dirigiría hacia el Gran Atractor? ¿Podría seguir observando la Revolución Azul e influir en ella desde *allí*? ¿Volvería a encontrar a Janie? ¿Podría finalmente contemplar el Universo desde fuera? Paul apartó esas preguntas y se centró en el final de su misión, el momento más importante de su vida. Tras su primer sueño de que la humanidad se elevara y se enamorara de la Tierra, había llegado el momento de propagar el segundo.

Antes de dormirse definitivamente bajo el sol, Paul recitó de nuevo la oración que había aprendido en ese misterioso idioma. A continuación, mientras liberaba la inmensa ola de amor acumulada en su corazón, inscribió su gran sueño de unión, *Homo biospheris*, en el mundo posterior⁽¹⁴⁾, ese inconsciente colectivo al que todos los seres humanos tienen acceso. Este sueño invisible tardaría aún más que el

primero en impregnar el corazón de cada uno. Juntos formarían los dos pilares de la Revolución Azul. Sustentarían a los seres humanos para que logaran su metamorfosis y dieran paso a un mundo más bello, un mundo más azul, un . Sus seres queridos también encontrarían el rastro de esta criatura, *Homo biospheris*, siguiendo las pequeñas piedras blancas que había sembrado cuidadosamente a su paso. A partir de ese momento, el futuro de la Revolución Azul dependía de ellos, pero también del resto de la humanidad.

Tras completar la obra de su vida, Paul sintió una presencia protectora. Un suave manto lo envolvía. Un halo de intensa luz azul bañaba su cuerpo. *Una luz que nunca había existido, ni en la tierra ni en el mar*¹⁵. Una luz que, sin embargo, Paul ya había visto *en alguna parte*. De repente, el astronauta dejó de tener miedo. El espíritu de Gaia había atravesado la Luna y se inclinaba sobre su rostro. La Biosfera nunca olvidaba a ninguno de sus hijos y mucho menos a él. Al contrario de lo que pensaba la Luna, Gaia no estaba enferma, estaba dando a luz a la Humanidad, y Paul iba a ayudarla. Gaia lo tomó en sus brazos y lo envolvió con todo su amor para que se durmiera. Bajo su visera, las fosas nasales del astronauta ya no se movían. El libro que sostenía en la mano se le había caído. Paul Gardner estaba en paz. Sonreía. Era hermoso. Sus ojos azules, muy abiertos, miraban hacia la Tierra. El Principito había muerto tocado por la Gracia. Sus últimos pensamientos fueron para Abel y la Pequeña Princesa.

Notas

1. «*Dame tu pañuelo para que escriba en él la continuación del Principito. Al final de la historia, el Principito le regalará este pañuelo a la Princesa. [...] Y te dedicaré este libro*» en: Consuelo de Saint-Exupéry, *Mémoires de la rose*, Plon, 2000, p. 273.
2. «*Escribirás La Petite Princesse des sables, que ya está en las líneas de tu mano derecha. Y me lo regalarás con tus dos manos*», en: Antoine de Saint-Exupéry, Consuelo de Saint-Exupéry, *Correspondance -1930-1944*, Gallimard, 2021, p. 190.
3. François d'Agay et al., *Saint-Exupéry - Revelaciones sobre su desaparición*, Éditions Vtopo, 2017.
4. «*Somos materia de la que están hechos los sueños; y nuestra pequeña vida está rodeada de sueño*». Extracto de: William Shakespeare, *La tempestad*, 1623.
5. «Carta al General X» en: Antoine de Saint-Exupéry, *Escritos de guerra -1939-1944*, Gallimard, coll. «Folio», 1994, p. 276.
6. Joseph Campbell se especializó en el análisis comparativo de mitos y religiones.

Su obra *El héroe de mil caras* (1949) puso de relieve una estructura común en las trayectorias de los grandes héroes mitológicos, que seguirían todos etapas similares. Sus trabajos han influido en los guiones de numerosas películas y novelas. Existen diferentes variantes, como por ejemplo esta en doce fases: el mundo ordinario, la llamada a la aventura, el rechazo de la llamada, el encuentro con el guía, el paso del umbral de la aventura, las pruebas (encuentros con aliados y enemigos), el acceso a la cueva, la prueba definitiva, la adquisición del objeto de la búsqueda, el camino de regreso, el renacimiento y el regreso con el objeto de la búsqueda.

— Joseph Campbell, Bill Moyers, *El poder del mito*, Apostrophe Publishing, 1998.

7. El disco de silicio que contiene los mensajes de buena voluntad del Apolo 11 (Apollo 11 *Goodwill Messages*) mide 3,8 cm de diámetro. Se necesita un microscopio para leerlo.

8. El tiempo que transcurre entre dos lunas llenas es de 29,53 días. Por lo tanto, la noche lunar dura la mitad de ese tiempo.

9. Nick Lane, *Oxygen - The Molecule that Made the World*, Oxford University Press, 2002.

10. Gracias a Marc de la Ménardièrre por sugerir esta fórmula.

11. Concepto popularizado por el psiquiatra suizo Carl Gustav Jung.

12. Cuando el químico James Lovelock planteó su hipótesis, a finales de los años sesenta, de que la Tierra podría ser un ser vivo, buscó un nombre para la biosfera. William Golding, su vecino en Cornualles, autor de *El señor de las moscas* y premio Nobel de Literatura, le recomendó el nombre de «Gaia», la diosa griega de la Tierra, nombre que se ha mantenido desde entonces.

13. Antoine de Saint-Exupéry, *Vol de nuit*, Gallimard, coll. «Blanche», 1931.

14. Bruno Traversi, Alexandre Mercier (bajo la dirección de), *L'Arrière-monde ou*

l'inconscient neutre - Physique quantique et psychologie des profondeurs selon W. Pauli et C.G.Jung, Éditions du Cénacle de France, 2018.

15. Extracto de una carta escrita el 29 de marzo de 1943 por Ann Morrow Lindbergh, aviadora y esposa de Charles Lindbergh, cuando leyó *El Principito* antes de su publicación: «Me ha llegado el cuento de hadas de Saint-Ex y lo leo con avidez, de un tirón. [...] Su Principito es un santo, no un niño. Es un adulto con corazón de niño. El auténtico «puro de corazón», como el idiota de Dostoievski. Pero no es un niño. No tiene «el corazón duro de un niño». Sería más bien como una mujer que nunca hubiera crecido. Pero su tristeza no es la de la guerra ni la de la tragedia. Es una tristeza íntima, una melancolía eterna, una sed eterna, una búsqueda eterna. Una nostalgia insoportable, pero nostalgia de una «luz que nunca fue, ni en la tierra ni en el mar».

Del mismo autor

Siècle bleu

- Tomo 1, *Au cœur du complot*, La Mer salée, 2018.
- Tomo 1, versión de bolsillo, Babel noir, 2021.
- Tomo 2, *Ombres et Lumières*, La Mer salée, 2018.
- Tomo 2, edición de bolsillo, Babel noir, 2022.

Depósito legal: febrero de 2024
Impreso en Francia por CPI Bussière